

POEMA DE RUBEN ASTUDILLO

LAS ELEGIAS DE LA CARNE

Poeta Ecuatoriano

Tendida te recuerdo como un charco de ron
sobre la yerba, y todo el aire
como una bocanada
de chesterfield besándote. Dónde
estará, ahora. Maligna
entre qué
muros, guardas tus
tragos lilas. Entre
tanto camino, cuál el que todavía
conduce hasta la muerte
morada
de
tus piernas.

Antes, en dónde estabas. Dónde
la nave nueva
que salta de tus piernas. Al sur
de tus colinas se halla la patria
que amo; y cuando te
desnudo
surgen desde tu boca
los ríos
de mi pueblo. Listos a
derramarnos en una
muerte blanca nos vamos contra
el tiempo
sobre guitarras y uvas. La muerte
y sus
semillas galopan
con nosotros, mientras
nos agitamos. Dónde estarás
mañana.

Donde diga canción, hay que poner
la doble
juntura de tus carnes; que

entronizar tu sexo
de caña dulce y mimbres. Hasta el
último
río secreto de los
senos
cantabas en la
entrega, cuando yendo y
viniendo
quemábamos ciudades
antiguas enlazados y
cada vez más rijas las lanzas
genitales
hacia la vulva roja. Tu sexo
era una concha de collares
cantando
plasma de peces
blancos
hasta que nos quedábamos
náufragos en sus
ritmos. Hasta el olor del
semen
se alzaba como una onda
de
jazz
sobre tus muslos. Qué voz
tendrán tus
poros, ahora. De qué
lado.

Su cuerpo era una playa de navíos hermosos
cuando llegué a la orilla
de sus faldas
hambrientas. Aires de
yodo y sal; manos de ron
y jarcias corrían en sus
muslos. Cuando subí
hasta el puente
dorado de sus
ingles, conmigo
le tomaron las cosas de
mi pueblo, todas; íntegramente; ahora
a donde

vayas, ya no viajarás sola. Vas cargada
de bosques; lluvias de abril;
gomereros; arena negra; lunas
enormes y
álamos.

En medio de las sábanas sus piernas, solían
incendiarse como un
neón para el combate de los
frutos. Ardía
el
vello
de
su sexo curvo como una luna negra. Dura,
dorada, preparada, tierna
para la lluvia blanca, y su arcilla
comestible
temblaba como un
tajo de sed ardiendo
en agua. En qué metal sin
manos arderás esta noche. Dónde
estarás ardiendo.

Ahora, donde estarás,
ahora. El alfa y
omega de tu vientre a quién
recibirán. Las hojas
de malva de tus
pechos
a quién
abrazarán. Cautiva de
códigos celestes; orquídea domadora
dónde tiendes
el arco
de albúminas y
tierra
de tus nalgas azules.

Tus ancas de cadillac dorado; de yegua
dulce; de
LSD con fiebre
me golpean el alma en

medio sexo. Ponen
de pié
mis glándulas una a
una. Me hacen
crecer la noche y las
cobijas. Cualquiera tiene
tu carne; puede
quitarse igual la
ropa; amarme; pero solo la
tuya era excelente y
dura como
manzana blanca. Cómo
empujas la noche y
las cobijas.

Desde las hoces de los cabellos bajando
hasta las
cobras anfibias de sus
senos; y después
hasta el túnel mojado de su
vientre, ella era
como un río
que no pasa jamás. Solo en sus
aguas
pude bañarme dos veces y
hasta siempre. Flujo y
reflujo seminal, como un
navío
íbamos y veníamos
sobre ellas. Con quién
navegarás.

Al norte de sus miedos galopaban
relámpagos geométricos
y vinos, como
potro a caballo. Como un
grito, ebrio de sí
girando, iban
para volver de nuevo
entre los
aros
de aroma de la

piel. Punto
de ruta y
aventura; golfo
devorador; cabaña, eran tus ingles bajo la tempestad que
entre
los
dos
quemábamos, gata de albúmina
celeste y
sismos.

A veces todo el aire
se ponía
desnudo; y el cerco de los
años ladraba como un
perro, cuando nos acostábamos.

A veces yo. A
veces
ella. O ambos al
mismo tiempo
nos encontrábamos
andando
fuera de nuestro
propio ser.
Era llegada la hora
de nuestros cuerpos. Mordiéndose,
moliéndose,
ladrando, nos devolvían
el fuego original, el
aire y el agua
del principio. Con quién
serás ahora. En
donde.

Brazos para abrasarle al mundo
los brazos de sus piernas.
En medio de las llamas
de cobre de sus
ingles yo
le inventé otros mundos. Muchacha
de alcanfor y de

relinchos, con quién
advocarías una
nueva
costumbre de sol
esta mañana. En qué
órbita se mueven
ahora
tus planetas.

Ahora
quienes habitarán, ahora,
entre las islas
de hierro y de cemento
en donde nos
amábamos. Muchas lunas
vendrán. Y
muchos soles. Vendrá la
eternidad pero
nosotros
ya no regresaremos a
él. Nosotros y ese cuarto
somos
un nuncamás, sin vuelta. Ni exorcismos.

Así fuimos. Ahora
no son únicamente las
calles que
se agrandan
La muerte nos rondaba
con sus uñas de
menta
desde el pulso
hasta el árbol mezclado de las
ropas. Entonces
cruzábamos sus llamas
de alfalfa negra
y humo, como
guerreros
ebrios. Nuestros propios cuchillos
nos
devolvían
vivos. Desde sus valles

tibios, regresaba
la vida. Desde mi
arado en celo, nuestras dos
sangres juntas, como una
fiesta
roja.

Así
eran nuestras ceremonias
cotidianas. Su ser
venía hasta mi ser; y el alma
corría en los
sentidos
como una ascua. Forma de
ombligo y
manos, tomaba la
conciencia
entre los
dos, al fondo. Entonces
todo era nuevo
hasta caer de
nuevo en la paz de su
gruta y del
cansancio.
entre los
dos. Tampoco son los
días que nos van
alejando y absorbiendo hasta el
nombre. Es que ni siquiera
ahora
nos sabemos dónde. Es que
no adivinamos
a sabernos cómo. Es que ya nunca
nos sabremos cuándo.
Es que yo para ti, Es
que tu
para mi. Es que
los dos para los
dos ya estamos
muertos. Ves? Me estás
oyendo. Ya
ni siquiera somos.